

LA CULTURA

POR

ANGEL GONZÁLEZ ALVAREZ

1. Naturaleza y cultura.

En su acepción original la palabra «cultura» significa cultivo del hombre. Cultura es, promoción de aptitudes dormidas y desarrollo de capacidades innatas. Dígase, si se prefiere, transformación de virtualidades en virtudes. La cultura pretende hacer pasar a semejantes capacidades y aptitudes desde el estado de incoación al de efectiva actualidad.

Los griegos dieron a este fenómeno el nombre de *paideia*. Los romanos le reservaron la palabra *humanitas* que en toda la Edad Media convivió con el vocablo *civilitas*. Pone ello de relieve que cultura dice una referencia esencial al hombre. Sólo el espíritu humano puede ser sujeto de ella. El cultivo de un rosal en el jardín no sostiene el nombre de cultura. El desarrollo del toro en la dehesa o el adiestramiento del caballo en el picadero son también fenómenos diferentes.

La cultura subjetiva es cultivo de la humanidad en los hombres. Debe, en consecuencia, ser dirigida a la diana de la razón, es decir, a lo que configura al hombre en su propio reino y lo distingue de todos los demás seres. Pero me apresuro a decir que esta misma concepción de la cultura lleva inviscerada una posibilidad de extensión a realidades fuera del hombre. En su sentido original, la cultura supone la naturaleza humana y se añade a ella. Pero aloja también a toda actividad del hombre dirigida al perfeccionamiento de la naturaleza exterior.

De esta forma se llama cultura objetiva al repertorio entero

de los bienes culturales. Fue la concepción de los siglos XVII y XVIII. Desde entonces es necesario distribuir la cultura en dos grandes sectores: el de la cultura subjetiva o personal y el de la cultura objetiva o real. Puede decirse, pues, que mientras la naturaleza es el mundo dado, la cultura es el orden elaborado por el hombre como actividad de su entendimiento, obra de su voluntad o hechura de su manos.

Naturaleza y cultura aparecen vinculadas en su origen y en su meta. Diríase que la cultura tiene su principio en la naturaleza humana y que en ella encuentra también su fin. Las exigencias de la cultura están contenidas en las intenciones más profundas de la naturaleza inmadura que pide promoción y desarrollo, acabamiento y plenitud. Con igual razón hay que poner el más logrado fin de la cultura en el perfeccionamiento de la naturaleza del hombre. Sucede así porque toda incoación de perfección se endereza hacia la perfección consumada. Todo desarrollo cultural contrario a la esencia del hombre es una real contracultura.

El problema que nos ocupa tiene rango sapiencial. Sobre la ciencia de la cultura, profesada por Eugenio D'Ors, habrá que edificar el piso superior que corresponde a la filosofía de la cultura. Lo atisbó Aristóteles cuando señaló al filósofo profesar la sabiduría, que es conocimiento de la verdad y suprema perfección de la razón y le encomendó la misión de ordenar y conocer el orden. Y, por su parte, nos advierte Tomás de Aquino que el orden se dice respecto de la razón de cuatro modos diferentes.

He aquí los cuatro órdenes en que puede distribuirse la entidad, con una breve descripción de cada uno de ellos.

El *primero* está constituido por el inmenso repertorio de las cosas físicas que se distribuyen en el ámbito de lo real. Son entes reales o naturales aquellos a los que compete existir formalmente en la naturaleza de las cosas en absoluta independencia de la razón humana. Todo el universo de las cosas naturales pertenece al ámbito del ente real o natural. La razón humana lo encuentra delante de sí, lo contempla, pero no lo construye.

Aunque nuestro entendimiento puede conocerlo —y en cuanto conocido está también en el entendimiento—, el conocimiento mismo, lejos de producirlo, lo supone ya constituido como tal. Más que actuado, elaborado o creado por el entendimiento humano, como quieren diversas formas del idealismo gnoseológico, el ente real actúa eficientemente al entendimiento sacándolo de su pasividad. Y más que informado por el humano entendimiento, como pensara Kant, él lo informa especificando la operación cognoscitiva.

El *segundo* es ya un producto de la razón humana. Es el orden de los conceptos u orden racional o lógico. La razón lo efectúa en su propio acto ordenando los conceptos y las palabras o voces significativas. Le compete existir en la mente y por la mente, aunque con un fundamento en los contenidos conceptuales que nos vienen de las cosas. Todo el universo de nuestros conceptos, juicios y razonamientos pertenece al orden racional. El entendimiento humano, sobre la base de los contenidos cognoscitivos que, mediante la abstracción, obtiene de las cosas, produce la maravilla del ente lógico.

El *tercer* orden es el producido por la razón en las operaciones de la voluntad. Es el orden del deber ser u orden moral. Compete al ente moral existir en las operaciones de la voluntad ordenadas a su fin por medio del entendimiento. Todo el orden de nuestras actividades volitivas circunstanciadas y especificadas por el fin de la obra y por el fin del operante pertenece al ámbito del ente moral. La razón humana lo produce también, pero no en su propio acto, como el ente lógico, sino en los actos de la voluntad.

El *cuarto* es el producido por la razón humana en las cosas exteriores de las que ella misma es causa. Es el orden artificial, o artístico, o técnico, o estético. Por si tuviera pocos nombres, algunos —entre los cuales me acuso de estar incluido— le llaman orden *cultural*. Veremos pronto que esta denominación resulta precipitada. Compete a este orden existir en las operaciones de la razón humana que recaen sobre una materia exterior. Todo el universo de los artefactos que resultan de la operación

del hombre sobre cualquier elemento de la naturaleza pertenece al ámbito del ente artificial. Es también producido por el entendimiento, más no en su propio acto especulativo —como en el caso del ente de razón—, ni en la acción de la voluntad —como el ente moral—, sino en las operaciones objetivadas en la realidad exterior que toman el nombre de efeciones, producciones o creaciones.

Repárese ahora que los tres últimos órdenes y sus entes respectivos se constituyen bajo un cierto respecto del ente real u orden natural. El orden lógico o ente racional, en cuanto lo supone; el ente moral y el ente artificial, en cuanto de alguna manera encarnan en la realidad para cobrar positividad y concreción. Obsérvese también que, mientras los seres naturales no son productos de la razón humana, los otros tres órdenes coinciden en ser obra del hombre. Quiere decir esto que los cuatro órdenes registrados pueden reducirse a dos: el mundo de la naturaleza, que incluye todos los seres naturales, sin faltar el hombre, y el mundo de la cultura, que resulta de las diversas actividades humanas.

Una última observación puede hacernos reparar cuanto supera en extensión el mundo cultural al orden natural. Entre las actividades humanas figura también la teoría o contemplación de la naturaleza que nos entrega el puro conocimiento distribuido en el inmenso campo de las ciencias naturales. Y, sin abandonar el ámbito de la razón, aún debemos registrar con las artes lógicas, ya aludidas, las llamadas artes liberales, que vienen a ampliar aún más el inmenso territorio de la cultura.

2. El orden de la cultura.

Mientras la naturaleza es el mundo dado o creado por Dios, la cultura es el orden elaborado por el hombre. En oposición al orden natural, se llama cultura a cuanto procede del hombre como actividad de su inteligencia, obra de su voluntad o hechura de sus manos. Una elemental consideración del ámbito de la razón nos pone en presencia de tres territorios culturales. La

razón especulativa se dirige por vía de contemplación al universo de la verdad para lograr la ciencia y la sabiduría. La razón práctica apunta por los caminos de la acción al orbe del bien para conquistar la perfección. Finalmente, la razón «poiética», siguiendo la ruta de la creación, busca la meta de la belleza o de la simple utilidad en los dominios de las artes, las técnicas y las profesiones.

La cultura supone la naturaleza, pero brota del espíritu del hombre, ya que resulta de sus operaciones específicas sobre determinados elementos naturales. La contraposición naturaleza-cultura desemboca en la oposición naturaleza-espíritu y, en cierto aspecto, se identifica con ella. La moderna teoría de la cultura nació del impulso dado por Hegel a la filosofía del espíritu. Su terreno propio era el del espíritu objetivo. La cultura no es obra del espíritu subjetivo ni se detiene en los individuos. Responde más bien a la fuerza creadora de la comunidad, cuyo momento más alto es el Estado, jamás medio al servicio de los hombres, sino fin en sí, y como tal, Dios mismo sobre la tierra, según explícita afirmación de Hegel.

Hasta N. Hartmann no se sometió el ser del espíritu objetivo a profunda revisión. El espíritu objetivo carece de realidad personal. No es un ser en sí, por sí ni para sí. Sólo tiene existencia en los espíritus personales. Por él precisamente se conocen los individuos enlazados a su tradición y actualmente vinculados a su comunidad.

La obra cultural es como una creación del espíritu del hombre y en ella se refleja e incorpora algo del espíritu personal que la produjo. Puede, pues, decirse que el espíritu se «objetiva» en la creación cultural. A esto precisamente llama Hartmann *espíritu objetivado*. En el trecho histórico que va de Hegel a Hartmann se ha desplegado la teoría contemporánea de la cultura. La distinción entre ente natural y ente cultural es colocada en primer plano respondiendo a la contraposición de naturaleza y espíritu. El orden de la naturaleza está constituido por el universo dado al hombre con anterioridad a toda objetividad de nuestro espíritu. El orden de la cultura está formado

por el repertorio de las creaciones humanas que resultan de la incorporación de un determinado valor en objetos o procesos inicialmente naturales.

Con pretensión de validez para el común sentir de una multitud de autores de nuestro tiempo puede decirse que cultura es la objetivación del espíritu en la materia. Como tal, habrá de constituir sobre el mundo de la naturaleza el orbe del espíritu. Y habida cuenta que donde aparece el espíritu ha surgido la persona, puede también afirmarse que la cultura es un producto personal. Mediadora entre el mundo axiológico y el orden real, la persona engendra los entes culturales por sus actos de objetivación y de realización de valores en la materia sensible.

La cultura brota del espíritu del hombre y tiene también al hombre por único destinatario. De ahí se desprende la posibilidad de *comprensión* de los objetos culturales. El ente cultural tiene una significación, encierra un valor, es portador de humanidad y depositario del espíritu. En el espíritu del objeto cultural se enciende el espíritu de la persona para *interpretar* la significación, *estimar* el valor que encierra y *comprender* la humanidad que manifiesta. De Dilthey a Martmann, el proceso metódico de comprensión de los objetos culturales se perfila y desarrolla en contraposición al método científico de intelección de los entes naturales. Esta diferencia en nuestro conocimiento viene impuesta por la diversa relación de sus objetos respectivos. El ente natural se nos enfrenta como algo extraño que nada tiene que ver con la persona. Podemos verlo, contemplarlo y entenderlo. El ente cultural es algo propio del espíritu enterañado en la persona. En consecuencia, lo interpreta, lo estima y lo comprende.

3. Las dimensiones de la vida espiritual.

Hay que registrar en el hombre tres dimensiones capitales que son otras tantas divisiones de su vida espiritual: el conocer, el obrar y el hacer. En líneas generales pueden atribuirse

al vivir de la inteligencia, de la voluntad y de las manos. Los griegos llamaron a estas tres manifestaciones de la vida humana en el espíritu «theoria», «praxis» y «poiesis». Las tres están relacionadas con la actividad cognoscitiva y, por tanto, con la razón. La misma razón puede ser «usada» de tres modos diferentes: teórico, práctico y poiético. Aristóteles fundamenta sobre tales distinciones la clasificación de las ciencias en tres géneros: teóricas, prácticas y poiéticas. Parece utilizar en la clasificación un criterio de finalidad. La finalidad cognoscitiva orientada al puro *conocer* o especular da lugar a las ciencias teóricas; dirigida al *obrar*, a la ordenación de la conducta propia, da origen a las ciencias prácticas; enderezada al *hacer*, al crear o producir constituye las ciencias poiéticas. Puede decirse también que las ciencias se distinguen por la actividad humana en que se asientan. Cuando la actividad consiste en la *especulación* la ciencia es teórica; si se funda en la *acción* se llama práctica, y si radica en la *producción* se convierte en poiética.

Las tres palabras griegas «theoria», «praxis» y «poiesis» han tenido suertes diferentes. Los latinos tradujeron «theoria» por «especulatio» y «contemplatio», doblaron «praxis» en «operatio» y «actio» y reservaron como versión de «poiesis» el vocablo «factio». En castellano podemos usar indistintamente «teoría», «especulación» y «contemplación». Igualmente son sinónimas las palabras «praxis» (antiguamente también «práctica»), «acción» y «operación». No sucedió lo mismo con «poiesis», palabra de uso poco frecuente en español y cuya transcripción en voces como «poesía», «poema», «poemático» y otras semejantes nos remiten a la expresión artística de la belleza en el lenguaje versificado. También ha caído en desuso el vocablo «facción» con el significado de *hechura* y derivado de «factio». Por «poiesis» y por «factio» usamos hoy muy corrientemente las palabras «producción» y «creación». Poiesis, creación o producción son las tareas de la inteligencia normalmente ejecutadas por la voluntad y por las manos.

Es correspondencia con la tres dimensiones de la vida espi-

ritual es preciso registrar otros tantos territorios culturales. En orden a su respectiva configuración conviene advertir que la actividad espiritual es siempre comunicación del hombre con la realidad. Pero esta comunicación circula en doble sentido. Consiste el primero en aprehensión o recepción de la realidad en el espíritu. Se manifiesta inicialmente en la intuición sensible y se consume en la concepción o intuición del intelecto. En este sentido la realidad se devela, manifiesta y patentiza al entendimiento que, en actitud receptiva la contempla sin hierirla ni ofenderla. Estamos ante la teoría que es saber *para saber* y nada más. Su forma más elevada en el orden natural es la contemplación pura de la verdad en la cumbre de la metafísica como *scientia veritatis*. Se trata de una actitud meramente especular que no modifica en absoluto el objeto de su actividad.

Mientras en la teoría el sentido de la comunicación va de fuera a dentro, toda praxis humana va desde la intimidad del yo hacia la realidad en que quedan incardinados los efectos. Más que la idea de conocimiento, que también connota, la praxis suscita en nosotros una referencia directa a la actividad, a la acción u operación. Por eso se opone a la teoría. No es contemplación ni especulación. Consiste en una actitud del espíritu que pretende modificar el objeto de su actividad. Lo que comienza en el espíritu tiene ya alguna relación con el conocimiento. La praxis se inicia con la representación de la obra que va a ser efectuada. Semejante representación, lejos de detenerse en la pura contemplación se convierte en proyecto acariciado y querido. Y como no hay querer humano desprovisto de motivo volvemos a encontrarnos con el conocimiento en la estructura del dinamismo del espíritu que, exige la percepción del bien o la estimación del valor. Trátase del conocimiento *práctico* que se pone al servicio del obrar y del hacer. Entramos así en el campo de la actividad. Es claro que la actividad espiritual es una actividad estrictamente immanente. También lo es que el hombre no es espíritu puro ni inteligencia alojada en un organismo. El hombre no es espíritu incorporado, espíritu en el mundo. Sólo puede ser concebido con garantía de

exactitud en función de la estructura de materia y espíritu. Negar esta estructura es abrir el camino del materialismo o reconocer la vía del espiritualismo. No. Materia y espíritu son distintos en la unidad de la sustancia humana. Esta unidad se perfecciona merced a la tarea del espíritu que promueve al individuo a la dignidad de la persona por la posesión de sí y el desarrollo en la extensión del cuerpo al que desde el interior vivifica y sensibiliza.

Uno en el ser, el hombre mantiene también una unidad en el dinamismo aunque con duplicidad de manifestaciones. Hay una actividad humana que se ejerce en el interior del hombre. Es la actividad inmanente que los griegos llamaban Πράττειν y los latinos *agere* y que traducimos al español por obrar estrictamente dicho. A este primer territorio de la praxis pertenece el repertorio de las obras interiores. Llamémola por su nombre: acción. Se trata de la praxis moral, es decir, de todas las obras de la conducta humana afectadas por el perfeccionamiento ético. La praxis activa sigue los caminos de la acción hacia la meta del bien para conseguir la perfección humana. Trátase, en definitiva de una ordenación de la actividad libre del hombre hacia su propio fin. Es el desarrollo de la humanidad en el hombre que busca el cuádruple objetivo de adquisición y perfeccionamiento de las virtudes cardinales.

Existe también una actividad humana que se ejerce sobre una materia exterior. Es natural: espíritu en el mundo, el mundo presta al hombre materia para su conocimiento y campo para el ejercicio de su libre actividad. Trátase ahora de una actividad transitiva que los griegos designaban con el vocablo Ποιεῖν, y los latinos con el nombre de *facere* y los españoles llamamos hacer, crear o producir. Dígase, si se prefiere *praxis productiva*. Se trata de las operaciones de la razón poiética que, por vía de creación, se dirige al universo de la belleza o de la simple utilidad y cuya más bella conquista en el dominio, de las artes, las técnicas y las profesiones seguirá llamándose poesía.

La praxis productiva se distingue de la praxis activa como el universo de lo factible se diferencia del orbe de lo agible.

Leopoldo Eulogio Palacios los ha caracterizado con rigurosa precisión como dos hemisferios que llenan el contenido de lo operable. «Es agible el acto humano en sí mismo, la actividad humana considerada respecto del uso de la libertad, siendo entonces indiferente que trascienda o no trascienda al mundo exterior, o que deje o no deje efectos fuera del hombre; y, en cambio, es factible todo lo que puede ser hecho por una operación humana que deja fuera de sí efectos de valor apreciable en ellos mismos, independientemente de la buena o mala voluntad con que fueron hechos. Así es factible un puente, un poema, un edificio. Dicho con palabras parecidas: hay veces que consideramos únicamente la moralidad del acto, reparando en el buen o mal uso de la libertad que hace el sujeto. Lo agible es lo elegible, pues en la elección se manifiesta la voluntad: *idem enim agibile et elegible*, τὸλαρ το Πρακτικόν καὶ τὸ Πραιρητόν (Metaph., V, I, 1025b 24). Otras veces consideramos el acto humano por el valor de los efectos que deja fuera de sí, prescindiendo en absoluto de la intención moral, buena o mala, con que son realizados» (*Filosofía del saber*, 2.ª ed., Madrid, 1974, pág. 316).

Nuestra inteligencia no se contenta con desprender del mundo, por el conocimiento, la verdad que contempla, sino que opera también en seres naturales para modelarlos y trabajarlos. El hombre no es sólo *homo sapiens*; es también *homo faber*, llamado a configurar la tierra. Al lado de la ciencia y la sabiduría por las que comprende lo que es, hay que colocar todos los saber-hacer por los que el hombre está habilitado para realizar lo que concibe. Las artes son precisamente las aptitudes del *homo faber*. «Esto engloba tanto las artes mecánicas como las bellas artes, las artes liberales o de ornato y toda la diversidad de oficios y profesiones; en un palabra, toda la variedad de caracteres requerida para la vida de las sociedades; comprendiendo en ello, con las artes industriales, el de organizar política y económicamente un pueblo, un país. El arte es esencialmente aquí el sentido de un trabajo que se ha de hacer, *recta ratio factibilium*, la razón recta del hombre, aplicada a las obras exteriores, y que se muestra allí tanto artista como artesana,

maestra en artes, para realizar fuera de sí como una expresión de lo que en sí lleva» (André Marc).

El ámbito de lo factible se extiende inclusive a las obras que resultan del ejercicio de la función cognoscitiva y permanecen en el entendimiento. Se trata de las artes puramente especulativas. En ellas se expresa el espíritu con más profundidad por el ejercicio de sus capacidades de razonamiento, de invención y creación.

4. Teoría y cultura intelectual.

Me ocupo en primer lugar de la cultura subjetiva. No se puede decir que el hombre sea el ser más menesteroso y desvalido. Para compensar sus deficiencias, como ya señaló Aristóteles, tiene manos y, sobre todo, razón. Hay en el hombre una capacidad de manipulación y de conocimiento que hace de él un caso aparte en el reino animal. Trátase de la capacidad de aprendizaje, que, si comienza por la habilidad manual y sigue por la destreza motora, se manifiesta principalmente en el orden mental. La razón humana, incardinada en una sensabilidad y abierta en abanico sobre la universalidad de las cosas, es indefinida capacidad de variación y de perfeccionamiento. Esta capacidad de la razón hace del hombre un animal de cultura. Por ello se adiestra en el hacer, se torna consciente en el obrar y se instruye en un conocimiento que es formativo, constructivo y liberador. La cultura subjetiva es desarrollo y formación del hombre, una edificación del ser en la persona, una liberación de la personalidad.

El sector más iluminado de la cultura subjetiva lo constituye seguramente el cultivo de la inteligencia. La cultura intelectual se conquista por el desarrollo de la mente y el perfeccionamiento de las facultades cognoscitivas. No puede desconocerse la importancia de la cultura que, por la vía de la razón teórica, se dirige al mundo de lo especulable presidido por la verdad. La cultura intelectual es el cultivo del *logos* en la persona humana.

Y como *logos* es razón, mente, espíritu, verdad y palabra, la cultura intelectual es cultivo de la razón, disciplina de la mente, formación del espíritu, conocimiento de la verdad y dominio del lenguaje. El verdadero espíritu es el espíritu del *logos*: penetra la verdad, esclarece el conocimiento, concuerda con la realidad y se expresa en la palabra. La adquisición del saber y el desarrollo de las virtudes intelectuales en el frondoso árbol de las ciencias es una tarea cultural que no debe ser descuidada. Para ello es preciso actuar los hábitos naturales del *intellectus* y la *synderesis*, que nos entregan los primeros principios teóricos y prácticos, respectivamente, y promover las virtudes intelectuales de la sabiduría y de la ciencia, así como las de la prudencia y el arte. Por la sabiduría puede indagar la inteligencia las causas primeras de la realidad; gracias a la ciencia puede extraer conclusiones de los principios; por la prudencia puede aplicar los principios generales de la ética a la acción concreta, y merced a la inspiración y al arte, ajustar las normas universales del quehacer cotidiano en los dominios de las artes, las técnicas y las profesiones.

La importancia de la cultura intelectual es superior a toda ponderación. La ciencia y el conocimiento, en general, amplían el horizonte del hombre y sirven de base a todo posible desarrollo. La verdad contenida en el conocimiento libera nuestra existencia, ensancha la persona hasta los linderos del saber, enriquece el espíritu con la realidad asimilada, ilumina la razón práctica para que no fracase en la delicada empresa del propio perfeccionamiento y habilita a la razón técnica para el ejercicio profesional. Por añadidura, la ciencia abre la posibilidad del crecimiento económico, el progreso técnico y el desarrollo social, sostiene los condicionamientos materiales de los pueblos y alimenta el nivel espiritual de sus culturas.

5. Praxis activa y cultura ética.

La cultura subjetiva no se limita al cultivo del *logos*. Quiere ser también guía del *ethos*. Digamos, pues, que la segunda dimensión de la cultura subjetiva está afincada en el territorio ético. La cultura moral aparece en los caminos de la acción hacia la meta del bien para conseguir la perfección humana. Trátase, en definitiva, de una ordenación de la actividad libre de la persona hacia su propio fin. Sabemos que toda incoación de perfección se endereza a la perfección consumada. La cultura moral pone al hombre en trance de llegar a acabamiento.

Observando sus intenciones más profundas se ha podido decir que la naturaleza humana no pretende únicamente la generación de la prole sino también su promoción y desarrollo hasta el estado del hombre en cuanto tal, que es el estado de virtud. En esta línea de promoción de la realidad humana hasta que todas las virtualidades se conviertan en virtudes, adecuadas al dominio del obrar y al señorío de la acción, es donde debe plantearse el problema de la cultura moral.

La cultura ética debe ser buscada en el camino de la evolución y del progreso. Es una carrera en busca de perfección. La vida humana es vivida hacia delante y la cultura moral está por su misma naturaleza orientada al porvenir. No cabe aquí un retorno sobre los propios pasos aunque nos llevase al tesoro de la juventud o nos devolviese la inocencia de la niñez. El progreso moral no consiste en la conservación de un tesoro. La cultura moral no es una forma de involución. Los talentos que nos fueron dados no pueden ser campo yermo y deben fructificar.

Cada hombre está destinado a lograr su propia talla. Habrá de esforzarse en el crecimiento y el desarrollo hasta alcanzar lo que tiene que ser por la actualización de todas las posibilidades perfectivas inherentes a su naturaleza individual. Mientras al animal se le da la vida hecha, el hombre recibió, con la existencia, el encargo y la misión de tener que realizarla. Espíritu

incorporado, vive el hombre con los seres del universo material y convive en la comunidad de las personas de que también él forma parte. Esa relación del hombre con la naturaleza y la vinculación del hombre con el hombre, más allá del conocimiento, nos abre el horizonte de la cultura moral. Y ello porque el hombre posee también facultades apetitivas de orden sensible, afectadas por el perfeccionamiento ético.

Consiste la cultura moral en la posesión de las virtudes cardinales, llamadas así porque contienen a todas las demás. Ya Platón las sistematizó como actitudes fundamentales que expresan el orden y la armonía de la vida humana individual y colectiva. La sabiduría consiste en la reflexión del alma racional y de ella se alimentan los sabios y gobernantes; la fortaleza es el adiestramiento del alma irascible y debe asistir a los guardianes y guerreros; la templanza es la virtud del alma concupiscible, propia de los labradores y comerciantes. Platón no se olvida de la justicia. Más que una virtud, era el alma de todas. Derivada de la idea de bien, regula las tres partes del alma individual, las tres clases del cuerpo social, y las tres virtudes singulares y colectivas. Le queda todavía eficacia para armonizar los destinos históricos de las diversas ciudades.

El desarrollo de la humanidad en el hombre busca, en efecto, el cuádruple objetivo de adquisición y perfeccionamiento de las virtudes cardinales. La principal es la prudencia. Su posesión satisface las aspiraciones más profundas de la persona, otorga al hombre su definitiva emancipación haciéndole dueño de sus actos y señor de su vida y conquista aquella autonomía que San Pablo ponía en la libertad de los hijos de Dios.

La libertad espiritual se expresa en la intimidad de la persona y se proyecta en la vida social y comunitaria. La cultura moral se manifiesta entonces como cultura social y política. Así adquiere el hombre la plenitud de su riqueza de expansión. En la subordinación al bien común alcanza su bien más propio y se abre a la perspectiva de su definitiva trascendencia de la que la cultura religiosa es anuncio y participación.

6. Creatividad humana y cultura objetiva.

Se ha pretendido distinguir en el campo de la praxis productiva dos sectores, uno de los cuales respondiese de las creaciones artísticas y el otro se relacionase con las actividades técnicas. También yo admito la distinción e inclusive la necesidad de ampliarla con nuevos sectores que no caben en ninguno de los dos. Mas, por ahora, prefiero tratar unitariamente todas las manifestaciones de la función creadora del espíritu. Fueron los latinos quienes tradujeron por *ars* (arte) lo que Aristóteles llamaba τέχνη (técnica) el hábito productivo de orden intelectual. Me ocupo, pues, del arte y de la técnica en una consideración conjunta. Vaya por delante una breve reflexión sobre la creatividad humana. La cuestión puede plantearse en estos términos: ¿qué es el arte creador en el hombre?

Para responder a esta pregunta conviene ser precavidos y estar dispuestos a la humildad. La peculiaridad de nuestro ser como espíritus incorporados nos permite participar en el poder creador de Dios. Pero esta participación no es unívoca y se sitúa más bien en el campo de la equivocidad. Con alguna suerte podremos vislumbrar lejanas analogías con la incomunicable creación que sólo Dios puede ejercer. Es claro, pues, que las posibilidades humanas de creación habrán de ser necesariamente limitadas. Finito y contingente en su ser, el hombre es también limitado en su capacidad creadora. Sin embargo, la contingencia y la finitud no le privan de los poderes creadores de configuración, plasmación y construcción en el triple ámbito del conocer, el obrar y el hacer. La creación así entendida es el distintivo del espíritu humano, el cual, aunque incorporado, no es algo cerrado, concluido ni muerto. Contando con los datos de la percepción y en dependencia de la observación y la experiencia elabora el conocimiento científico y la sabiduría filosófica. Con la limitación que la obligatoriedad de la ley moral a la que su propia conciencia le vincula, se asigna la finalidad de su acción realizadora de su propio ser en el mundo. Agregando o todo

esto el ejercicio de la potestad configuradora de su vida con los otros en la comunidad de los hombres y sirviéndose de las técnicas que desarrolla y perfecciona sin cesar, pone al servicio de todas las energías de la naturaleza y construye el edificio de la cultura.

Se dice que crear es hacer algo de la nada —*ex nihilo sui et subiecti*—, según la fórmula clásica. Hemos visto que no se trata aquí de tanto. Más que la palabra «creación» debiéramos emplear el vocablo «creatividad», ya generalizado. Hay en la creación divina novedad absoluta de ser. En la creatividad humana sólo hay novedad relativa. Por eso, cuando hablamos de imaginación creadora o de creación artística empleamos un lenguaje que, trascendiendo las analogías está bordeando la equivocidad.

La humana creación poética difiere profundamente de la acción divina creadora del mundo. Para elaborar una esencia inexistente, colocada en el orbe de lo impalpable, necesita el hombre de lo real existente como causa material que condiciona la peculiar estructura del producto de su imaginación. En cambio, para crear las cosas y ponerlas en el orbe de lo real existente, no necesita Dios de nada que a las mismas precediera. En todas las manifestaciones de la creatividad humana se presupone una materia preexistente —sonidos, palabras, colores, figuras, realidades, en suma— que en modo alguno ha sido creada por el hombre. También necesita la creatividad de una *forma* cuyos resplandores pretenden hacer brillar en su obra.

Mientras la divina acción creadora es libre y amorosa comunicación de la existencia, la creatividad humana se limita frecuentemente a ser simple información de una materia, ordenación de lo caótico o estructuración de lo que carece de figura. Con todo, esa estructura y ese orden que la forma introduce en la materia es obra del arte esencialmente fabricante y creativo del hombre. Y su producto es una criatura nueva, un ser original cuya sola presencia nos agrada. Esa originalidad y novedad es aportación exclusiva del artista que la engendra

por la actividad de su inteligencia llevada sobre la pasividad de su experiencia del mundo y de la vida.

Se dice también que la potencia creadora es el mismo intelecto divino con voluntad adjunta. En definitiva, conocimiento y amor. También los poderes creativos exigen entendimiento que concibe y voluntad libre que realiza o impera la ejecución. Hay, pues, en ellos conocimiento y amor. Pero interesa poner en claro la diferencia. La actividad creadora de Dios llama a las cosas desde los abismos de la nada y éstos, como obedientes a la voz divina que no pudieron oír, se ponen, en la existencia. La creación auténtica es la divina causación de los seres sin presupuesto alguno, tanto en lo que se refiere al modo de ser cuanto a su existencia y realidad.

La creatividad humana no puede llegar a tanto. La praxis productiva se limita normalmente a educir nuevas formas accidentales de la realidad natural que las contiene en potencia. Como esta potencialidad es inagotable, el espíritu humano podrá dar rienda suelta a sus poderes creativos sin temor alguno. El desarrollo cultura no tiene límite ni el progreso técnico reconoce metas que no pueden ser traspasadas.

Para el hombre que aprende a enseñorearse de la tierra, toda la naturaleza le mostrará su inmensa capacidad de servicio y obediencia para someterse al influjo del arte y de la técnica. Todas las cosas son para el artista como arcilla en manos del alfarero. En esta capacidad de las cosas para obedecer al artista que extrae de ellas efectos de orden superior a los producidos por los agentes físicos, han visto los teólogos la más encelsa analogía de la potencia obediencial que hay en las creaturas para que Dios haga en ellas lo que le plazca a su amor.

La creatividad no puede otorgar el don absoluto de la existencia. El artista humano es incapaz de hacer algo partiendo de nada. Pero tampoco se limita a comunicar una «forma» ya constituida, de la que, por otra parte, no dispone. Nadie se lo ha regalado. Tampoco saca el artista la forma de su propio fondo. Tiene, pues, que conformarse con *inventarla*. La creatividad humana más que creación, es *invención*.

¿Dónde encontrar el fundamento de esta fuerza de invención en que la creatividad parece consistir? Debe buscarse en la condición humana del artista; es decir, en su puntual definición del hombre: espíritu incorporado, abierto a los horizontes divinos. Del choque de la inagotable subjetividad humana con la también inagotable disponibilidad del mundo surge la creatividad sin término y sin medida que corresponde a la estructura abierta del espíritu incorporado y hace del hombre un artista.

El edificio de la cultura artística es construido por el arte. Como tal es de orden espiritual. Hay que colocar el arte en el ámbito de la razón, principio primero de todas las obras humanas. Reside en la inteligencia del artífice como una peculiar cualidad de su saber hacer. En vano buscaremos el arte en las manos como potencia ejecutiva material. No está el arte del escultor en la fuerza del brazo ni la del minituarista en la agilidad de los dedos. La habilidad manual favorece la operación creadora cuando es dócil al influjo del arte que, naciendo de la inteligencia, pretende introducir en la obra sus mejores intenciones. Los antiguos afirmaban con unanimidad jamás desmentida que el arte es un hábito del entendimiento práctico.

En las doctrina de los hábitos debemos ver la posibilidad misma del desarrollo y perfección del hombre en los dominios del conocer, el obrar y el hacer. Los hábitos son perfecciones de la naturaleza humana, una a modo de segunda naturaleza por la que el hombre se supera a sí mismo y adquiere la autenticidad más excelsa. ¿Cómo realizan los hábitos este acabamiento y perfección del hombre? Los dones intelectuales, las caulidades técnicas, artesanas y profesionales y las virtudes morales perfeccionan y completan al hombre al depositar en el espíritu sus mejores tesoros. El saber y el arte acumulan en la inteligencia reservas de luz y de fuerza; la virtud moral almacena en la voluntad tensión de amor. Las ciencias especulativas, y en mayor grado la sabiduría, perfeccionan al entendimiento capacitándolo para la conquista de la verdad. Las artes y las técnicas habilitan al entendimiento para, sirviéndose de los órganos del cuerpo, adueñarse de la naturaleza exterior y realizar

en ella los sueños de la razón. Las virtudes perfeccionan a la voluntad hasta convertirla en la gran artesana de la conducta en la conquista del bien. Según esto, los hábitos disponen al hombre para la fecundidad. Las ciencias le capacitan para el bien pensar; las artes le habilitan para el bien hacer, y las virtudes le preparan para el bien obrar.

Las artes y las técnicas son tan numerosas y variadas como las direcciones de la rosa de los vientos. Las profesiones mismas son especialidades en que se divide y subdivide el mundo laboral. Poner el arte y la cultura técnica en las destrezas manuales con vista a la producción en cadena significa, además de un grave error de política pedagógica, un delito de lesa humanidad. Lejos de poner el sistema educativo al servicio del perfeccionamiento del hombre, lo orientaríamos hacia una progresiva animalización de la vida del espíritu. El sujeto de los hábitos técnicos es la inteligencia y no lo son los órganos del cuerpo. Y la inteligencia técnica, como cualquiera otra energía humana o se identifica con la inteligencia especulativa o deriva de ella. La cultura técnica sólo florece en la atmósfera de la cultura intelectual. Por lo que se refiere al cultivo de las bellas artes habría que ir más lejos. Ordenadas a la producción de belleza, aspiran a clavar sus raíces en la sabiduría metafísica. La cultura artística se afianza en la naturaleza y se abre a las perspectivas infinitas del espíritu.

Pasemos ya de la consideración del arte como creatividad del artista a las creaciones realizadas en las artes. La misma distinción puede ser establecida entre la técnica de un productor y los productos técnicos. La más antigua división de las artes las clasifica en serviles y liberales. Las primeras exigían el trabajo manual y el sudor de la frente. Las segundas, liberadas de semejante servidumbre, eran puras construcciones del espíritu. Esta clasificación está fundada en el concepto de arte como *recta ratio factibilium*. Factible podía decirse, en efecto, de dos maneras. La más propia y rigurosa se daba en el caso de que las obras fuesen efectos producidos en la materia exterior. Pero se llamaban también factibles a las puras construc-

ciones del entendimiento que permanecían en el alma. De esta forma la música, la aritmética y la lógica figuraban entre las artes liberales, mientras que la escultura y la pintura eran artes claramente serviles. Las artes serviles son hechura de las manos; las artes liberales son hechura de la mente. Si aquéllas pertenecen al ámbito de la *manufactura*, éstas deben ser incluidas en la esfera de la *mentefactura*. Es lo que el profesor Palacios expresa en este texto: la existencia de cosas factibles que están en el entendimiento, hechas dentro de él, y que no son ni actos de voluntad ni obras manuales, sino la misma especulación considerada como algo regulable y mensurable por reglas artísticas, obliga a pensar que lo factible no es sólo producible en el acto de la manufactura, sino que puede presentarse también en obras que no son «operables» en el sentido propio del término, y se cultivan en un ámbito peculiar, al que podría denominarse la esfera de la *mentefactura*. Esta clasificación de las artes en serviles y liberales dura varios siglos y tiene un desarrollo histórico poco tranquilo, tanto en lo que se refiere a las artes mismas como en lo pertinente a los artífices.

Las artes liberales constituían el *trivium* —gramática, retórica y dialéctica— y el *quadrivium* —aritmética, geometría, astronomía y música—. A estas siete artes había que agregar la teología y la filosofía cultivadas ambas en las mismas escuelas monacales, catedralicias y palatinas. Una exagerada afición a la dialéctica hizo que perdieran interés las otras ramas del *trivium*. Desde la dialéctica precisamente se pasó a la especulación teológica. En conexión con la teología y como ampliación de la dialéctica surgió el cultivo de la filosofía. Todas las demás artes constituían el amplio espectro de las artes serviles tal como se manifiesta en las labores de la artesanía, los oficios, las profesiones técnicas y todo el complejo de actividades utilitarias que pretenden satisfacer necesidades vitales o se ordenan a la creación del bienestar.

Los cultivadores de las artes liberales en las escuelas y posteriormente en las universidades eran llamados maestros en artes o artistas. Quienes ejercían cualquiera de las artes serviles

eran conocidos como artesanos. Los antiguos maestros en arte son actualmente científicos o filósofos. El término «artista» perdió su significación original y adquirió sentido idéntico al de «artesano». Pero artesano y artista vuelven a contraponerse al aparecer una nueva clasificación de las artes que las distribuye en dos géneros, según estén informadas por la belleza u ordenadas a la utilidad. Estas últimas llegarán a perder la consideración de artes para adquirir la denominación de actividades técnicas. El término «artesano» comienza a ser abandonado. Normalmente se lo sustituye por los nombres de los diferentes oficios. Su significado general lo transfiere a otros vocablos que designan a los técnicos y a los obreros o productores. El nombre del artista parece definitivamente reservado al artífice que se relaciona con las bellas artes, las cuales, por su parte, vuelven a emparentarse con las viejas artes liberales más cercanas a las ciencias y a la sabiduría y, por lo mismo, vecinas a la actividad espiritual de especulación o contemplación.

El arte se desentiende de la utilidad y se vincula estrechamente a la belleza. Esta peripecia fue iniciada por los renacentistas pero la consuman los filósofos y los artistas del romanticismo. La plena madurez la alcanza con Hegel para quien el arte es una manifestación de Dios. Dígase, si se prefiere, del espíritu absoluto, ser en sí y para sí, que se manifiesta en las tres formas del arte, la religión y la filosofía, en correspondencia, respectivamente, con la intuición, la representación y el pensamiento. El espíritu absoluto «se ofrece como intuición en el arte, como representación en la religión y como concepto en la historia de la filosofía. Vemos así el arte sentada junto a la religión y la filosofía, concertadas las tres con un mismo espíritu. Y este arte es: arquitectura, escultura, pintura, música y poesía, esta última la más perfecta, porque resume todas las demás: construye como la arquitectura, esculpe como la escultura, pinta como la pintura, canta como la música, pero además hace algo que las otras no pueden: hablar y pensar» (L. E. Palacios).

El arte es ante todo intuición, contemplación. El artista

sueña con acercarse al metafísico. Si éste busca la contemplación de la verdad, él pretende la contemplación de la belleza. Y ello para realizarla en la obra que al conjuro de su arte resulta bella. Mientras las demás artes se ordenan a la utilidad del hombre, las bellas artes quieren ser expresivas de belleza y nada más. Y por ser expresión de la belleza se introducen en el reino de las creaciones del espíritu cuyos confines se identifican con los ámbitos sin límite del ser. En esta dimensión trascendental, la belleza, que es una especie de bien, se abraza con la verdad. Por eso, la sabiduría propietaria de la verdad y el arte realizador de la belleza son virtudes generales de la vida intelectual.

Las bellas artes son el fecundo maridaje del arte y de la belleza. No parece posible el divorcio en estas bodas. Sin embargo, Platón puso en tela de juicio que el arte tuviese algo en común con la belleza. Esta era, para él, una de las tres supremas ideas. Con el bien y la justicia constituían las realidades absolutas de las que todas las demás participan o derivan. La idea de belleza baña en luz y claridad el mundo de las realidades sensibles a las que, al envolverlas, vuelve bellas. Con todo eso, estas realidades son pálido reflejo de la luz de la belleza y, por tanto, más bien sombra de la verdadera realidad del mundo inteligible. Y como la obra de arte es, a su vez, pura imitación de una cosa natural, su belleza queda tan mermada y reducida que bien puede decirse sombra de una sombra.

Resulta incomprensible que un artista de la talla de Platón haya empobrecido hasta ese extremo la belleza de las obras de arte. ¿Cómo no advertir que la obra humana tiene un belleza y un valor estético que no se miden por la imitación de un modelo natural? Más extraño aun es comprobar que filósofos como Leibniz, teólogos como Pascal o literatos como Tolstoi hayan defendido la misma teoría. No. La obra de arte es la misma expresión de la belleza a escala humana. Esta condición de la belleza artística fundamenta las dos teorías contrapuestas que pretenden explicarla. ¿Reside la belleza en la obra de arte o en las impresiones de quien la contempla? Sin quitar importancia

a la impresión que produce, los antiguos defendían el carácter objetivo de la belleza. Los modernos, por el contrario, piensan que pertenece más bien a la energía espiritual del sujeto contemplador. Pocas veces la verdad es patrimonio de uno de los contrarios. En nuestro caso habrá que reconocer la necesidad de integrar ambas posiciones. La belleza artística surge del encuentro de ciertas cualidades *objetivas de la obra* con determinadas *impresiones del sujeto*.